

caballo, me vine á tomar la vuelta de Florencia. Llegado que hube aquí, encontré á mi hermana carnal con seis hijitas, que una era casadera y otra estaba en pañales. Encontré á su marido, quien por varios accidentes de la ciudad no trabajaba ya en su arte.

Había yo mandado más de un año antes pedrerías y alhajas francesas por valor de más de dos mil ducados, y había traído conmigo por valor de mil escudos. Ví que aun cuando de continuo dábales yo cuatro escudos de oro al mes, continuamente tomaban mucho dinero por aquellas cosas mías de oro, que vendían á la luz del día.

Aquel cuñado mío era tan hombre de bien, que por temor á que no me incomodase yo con él, no bastándole los dineros que le mandaba para su manutención, dados de limosna, había empeñado casi todo lo que tenía en el mundo, dejándose devorar por la usura sólo por no tocar aquellos dineros que no les pertenecían.

En esto conocí que era un hombre muy honrado, y se aumentó mi deseo de socorrerle más; y antes de que yo me partiese de Florencia, pensaba acomodar á todas sus hijas.

LIII.

Estando nuestro duque de Florencia por aquel tiempo que nos hallabamos, en Agosto de 1545, en Poggio de Caiano, lugar diez millas distante de Florencia, fuí en

su busca, como era mi deber, por ser yo ciudadano florentino, y porque mis antepasados habían sido muy amigos de la casa de los Médicis, y yo más que ninguno de ellos amaba á este duque Cosme.

Como digo, fuí al mencionado Poggio sólo] por hacerle reverencia, y no con intención ninguna de quedarme con él, según le plugo á Dios, que hacé bien todas las cosas; pues viéndome el duque, después de hacerme infinitos agasajos él y la duquesa (1), me preguntaron por las obras que había yo hecho para el rey; á lo cual contesté con mucho gusto detallándoselas todas por su orden. Después de oirme dijo que otro tanto le habían contado, y así era verdad, y después añadió con actitud compasiva, y dijo:

—¡Oh, cuán poco premio á tantos hermosos y grandes trabajos! Bienvenido mío, si me quisieras tú hacer alguna cosa á mí, te pagaría muy de otro modo de como lo ha hecho aquel rey tuyo á quien por tu buen natural tanto alabas.

Al oir estas palabras le hice saber las grandes obligaciones que tenía yo con Su Majestad por haberme sacado de una tan injusta cárcel, y dádome luego ocasión para hacer las más admirables obras que por ningún otro artífice hasta entonces nacido se hubiesen hecho. Mientras así hablaba yo, mi duque se removía, pareciendo como si no pudiese estar quieto para oirme. Luego que hube terminado, me dijo:

(1) Era doña Leonor de Toledo.

—Si quieres hacer alguna cosa para mí, te haré tales agasajos, que quizá quedes asombrado; con tal de que tus obras me plazcan, de lo cual no dudo lo más mínimo.

Yo, pobre desventurado de mí, deseoso de sobresalir en aquesta admirable escuela, pues desde que había salido de ella habíame fatigado en otra profesión de las que dicha escuela no tiene en estima, respondí á mi duque cómo con mucho gusto le haría una estatua grande de mármol ó de bronce para aquella hermosa plaza suya.

A esto me contestó que por primera obra, hubiera querido de mí sólo un Perseo; esto lo estaba deseando hacia ya algún tiempo, y me rogó que le hiciese un modelo. Muy á gusto me puse á hacer dicho modelo y en pocas semanas lo terminé, de la altura casi de una braza; era de cera amarilla, bastante concluído, y hecho con grandísimo estudio y arte.

Vino el duque á Florencia y pasaron muchos días, antes de que pudiérale yo mostrar el mencionado modelo; parecía como si no me hubiese visto ni conocido jamás; de modo que formé mal juicio de mis asuntos con Su Excelencia. Mas al fin cierto día, despues de comer, habiéndolo conducido yo á su guardarropa, vino á verlo junto con la duquesa y con algunos cuantos señores. Tan pronto como lo vió agradóle y lo elogió sobremanera; esto me dió un poco de esperanza, de lo cual percatóse él algún tanto. Después que lo hubo contemplado bastante, como fuese muy en aumento su regocijo, pronunció aquestas palabras:

—Bienvenido mío, si hicieses la obra en grande como este pequeño modelo, sería ésta la más hermosa escultura de plaza.

Entonces repliqué yo al Duque:

—Excelentísimo señor mío, en plazas están las obras del gran Donatello y del portentoso Miguel Ángel, quienes han sido ambos los mayores hombres desde la antigüedad acá. Por tanto, vuestra Excelencia Ilustrísima da un gran aprecio á mi modelo, por lo que me siento con ánimos para hacer la obra tres veces mejor que el modelo.

Sobre ello hubo no pequeña cuestión, porque el duque decía siempre que comprendía muy bien y sabía precisamente lo que se podía hacer.

Á esto le contesté que mis obras decidirían aquella cuestión y sus dudas, y que con toda certeza daría yo á Su Excelencia mucho más de lo que le prometía; mas que me diese comodidades para que pudiera yo hacer tal cosa, porque sin esos medios no podría lograr hacer lo que le prometía. Su Excelencia me contestó que le hiciese una súplica de cuanto le pidiera yo, conteniendo en ella todas mis necesidades, y daría ordenes amabilísimas para que se me satisficiesen.

En verdad que si hubiera yo sido previsor en poner por contrato todo aquello que necesitaba para aquestas obras, no hubiera pasado tantos trabajos como por mi causa me han sobrevenido. Porque bien se veía ser grandísima su voluntad, tanto respecto á los deseos de hacer obras, cuanto en lo de asignar buen salario por

ellas; por ese motivo, no conociendo yo que aqueste señor tiene más procederes de mercader que de duque, liberalísimamente procedí con Su Excelencia como duque, y no como mercader. Hícele la súplica escrita, á la cual respondió Su Excelencia con mucha liberalidad. Entonces dije:

—Singularísimo patrono mío, las verdaderas súplicas y los verdaderos pactos nuestros no consisten en aquestas palabras ni en aquestos escritos, sino que todo depende de que llegue yo con mis obras á cuanto os he prometido; y si llego, prométome entonces que Vuestra Excelencia Ilustrísima se acordará muy bien de cuanto á mí me promete.

Encantado Su Excelencia por estas palabras de mis hechos y de mis dichos, él y la duquesa hiciéronme los más extremados favores que se puedan imaginar en el mundo.

LIV.

Teniendo yo grandísimo deseo de comenzar los trabajos, dije á Su Excelencia cómo tenía necesidad yo de una casa tal que en ella pudiese acomodarme con mis hornillos y trabajar las obras de barro y de bronce, y luego separadamente las de oro y plata; porque sé que sabía cuán apto era yo para servirle en esa profesión, y me eran precisas estancias cómodas donde poder hacer tales cosas.

Y para que Su Excelencia viese cuánta era mi voluntad de servirle, había yo encontrado la casa que hacía á mi propósito, y estaba en lugar de mi mayor agrado.

Y como no quería yo ofender los intereses de Su Excelencia en dineros ni cosa alguna antes de que viese mis obras, había traído de Francia dos joyeles con los cuales rogaba á Su Excelencia que me comprase dicha casa, guardándolos hasta tanto que la ganase yo con mis obras y fatigas. Dichos joyeles estaban muy bien trabajados por mano de mis operarios, conforme á mis dibujos. Mirado que los hubo bastante, dijo estas animosas palabras, que me infundieron falsas esperanzas.

—Guarda, Bienvenido, tus joyeles, porque á ti te quiero y no á ellos; y ten libre tu casa.

Después de esto puso un rescripto debajo de mi súplica, papel que siempre he conservado. Dicho rescripto decía así:

«Véase dicha casa (1), quién la vende y el precio que pide por ella, porque es nuestra voluntad complacer á Bienvenido.»

Por este rescripto quedé dueño seguro de la casa; pues prometíame yo que mis obras serían mucho más estimadas que lo que yo había prometido. Después de esto, Su Excelencia dió expresa comisión á cierto ma-

(1) Esta casa existía en Florencia en 1566, fecha de la edición última de Brunone-Bianchi. Estaba situada en la calle del Rosario (*via del Rosaio*), con ingreso por la calle de la Parra (*via de la Pergola*), número 6.527.

yordomo suyo, el cual se llamaba Pedro Francisco Riccio.

Era de Prato y había sido preceptor de dicho duque. Hablé á este bestia y le dije todas las cosas de que tenía yo necesidad, porque donde era huerto en dicha casa quería yo hacer un taller. En el acto este hombre dió el encargo á cierto pagador, sutil de puro flaco, quien se llamaba Lactancio Gorini.

Este hombrecillo, con sus manitas de araña y con una vocecita de mosquito, ágil como un limaco, ruilmente me hizo llevar á casa tanta piedra, arena y cal, que á duras penas hubiesen podido hacer un cobertizo de palomas. Viendo que iban las cosas tan malamente frías, comencé á desalentarme. Mas otras veces decía para mí:

— Algunas veces los pequeños principios tienen gran fin.

También me daba alguna pequeña esperanza el ver cuántos millares de ducados, malgastó el duque en ciertas feas obrejas de escultura, hechas por mano de aquel bestial Buaccio (1) Bandinelli. Dándome ánimo á mí mismo, soplé en el culo á aquel Lactancio Gorini para hacerle moverse; arree también á ciertos asnos cojos y uno ciego que los guiaba; y con estas dificultades y además con mis dineros, había marcado el sitio del taller y desarraigado árboles y parras; no obstante, según mi

(1) Escultor florentino llamado Baccio Bandinelli. *Buaccio* quiere decir animalazo; y Cellini hace esa equivocación intencional, por escarnio de su enemigo.

costumbre, osadamente y con algún furor íbalo haciendo.

Por el contrario, estaba á merced del carpintero Tasso, muy amigo mío, y á él le encargué que me hiciese ciertas armaduras de madera para empezar el Perseo grande. Este Tasso era un hombre muy hábil, creo que el mayor que ha habido nunca en su profesión; mas en cambio era muy alegre y jocoso, y cada vez que iba yo á verle salíame al encuentro riendo con una cancioncilla en voz de falsete; y yo que andaba más que medio desesperado ya, tanto porque comenzaba á oír que las cosas de Francia iban mal, cuanto porque del duque prometíame poco á causa de su indiferencia, me veía forzado de mala gana á oír siempre la mitad por lo menos de su cancioncilla; mas al fin alegrábame un poco con él, esforzándome por ahuyentar como mejor podía más de cuatro de aquellos desesperados pensamientos míos.

LV.

Habiendo dado órdenes acerca de todas las cosas antedichas y comenzado á llevar adelante los preparativos para disponerme más presto á la mencionada empresa (ya estaba apagada parte de la cal), de pronto me llamó el referido mayordomo; yendo á verle, lo encontré después de comer Su Excelencia, en la sala llamada del reloj (1).

(1) *La sala del Reloj*, en el Palacio Viejo, llamábase así

Al saludarnos, yo á él con grandísimo respeto y el á mí con grandísima rigidez, me preguntó quién me había metido en aquella casa y con qué autoridad había comenzado á edificar dentro, diciéndome que se maravillaba mucho de que fuese yo tan osado presuntuoso.

A esto respondí que en la casa me había metido Su Excelencia, y en nombre de Su Excelencia, Su Señoría, quien había dado la comisión á Lactancio Gorini; este Lactancio había conducido piedra, arena, cal, y arreglado las cosas que había yo pedido, diciendo él haber recibido encargo de Vuestra Señoría. Dicho que hube estas palabras, aquel bestia volvióse hacia mí con mayor acritud que antes y me dijo que ni yo ni ninguno de aquellos que yo había alegado decíamos la verdad. Entonces me incomodé, y le dije:

—¡Oh mayordomo! Mientras tanto que Vuestra Señoría hable conforme á aquel nobilísimo grado que tenéis, os reverenciaré y hablaré con aquella sumisión como lo hago al duque; mas si de otro modo obráis, os hablaré como á Pedro Francisco Riccio.

Este hombre montó en cólera tanta, que creí si se volvería entonces loco, por adelantarse al tiempo que para ello determinado le tenían los cielos (1); y á la vez que

porque en ella estaba el famoso reloj cosmográfico hecho por Lorenzo de la Volpaia para Lorenzo de Médicis (el Magnífico) poco ante de 1484, y tan elogiado por el Poliziano y otros. Véase Manni, *De Florentinis inventis*.

(1) En la *Vida de Fray Juan Ángel Montorsoli*, dice Jorge Vasari que el tal Ricci ó Riccio murió hacia 1559, después de haber vivido loco muchos años. Lo que acerca de éste dice Varchi en

algunas injuriosas palabras, díjome que se asombraba mucho de que me tuviera por digno de hablar á uno semejante á él. Al oír estas palabras me irrité, y dije:

—Escuchadme ahora, Pedro Francisco Riccio, que yo os diré quiénes son mis iguales y quiénes vuestros semejantes, los maestros de enseñar á leer á los chiquillos.

Dichas tales palabras, este hombre alzó la voz con torva cara, repitiendo más temerosamente aquellas mismas palabras. Entonces también yo puse cara de pocos amigos; me revestí por su causa de un poco de presunción, y dije que mis iguales eran dignos de hablar con los papas y los emperadores y los reyes, y que de mis iguales apenas andaba uno por el mundo, mas de los suyos había diez en cada puerta.

Cuando escuchó aquellas palabras, se subió al poyo de una ventana que había en aquella sala y luego me dijo que le repitiese aquellas palabras que había yo pronunciado; las cuales más osadamente que antes le repetí, diciéndole además que ya no quería servir más al duque y que de nuevo me tornaría á Francia, donde podía volyer libremente.

Aquel bestia se quedó estupefacto y de color terroso, y yo irritado me partí, con intención de marcharme allá. ¡Y ójala que lo hubiera realizado! Su Excelencia el duque no debió de saber al principio esta diablura

el libro XII de sus *Historias*, se halla conforme con el retrato que de él hace Cellini.

ocurrida, porque me estuve quieto unos cuantos días, apartados de Florencia todos mis pensamientos, salvo aquellos referentes á mi hermana y á mis sobrinas, á las cuales estaba yo acomodando; que con aquello poco que había yo traído, quería dejarlas acomodadas lo mejor posible, y luego quería lo más presto retornarme á Francia, para nunca jamás curarme de volver á Italia.

Hallándome resuelto á despedirme lo más presto que pudiese y marcharme sin licencia del duque ni de nadie, cierta mañana el antedicho mayordomo por sí mismo muy humildemente me llamó y echó mano de cierta pedantesca oración suya en la cual no advertí estilo, ni gracia, ni talento, ni principio, ni fin; sólo entendí cómo dijo en ella que hacía profesión de buen cristiano, que no quería tener odio á nadie, y me preguntaba de parte del duque cuánto salario quería yo para mi sostenimiento.

Al oír esto me puse un poco sobre mí y no quise responder, con la pura intención de no comprometerme. Viéndome que daba la callada por respuesta, tuvo, no obstante, tal virtud, que dijo:

—Bienvenido, á los duques se les responde, y lo que yo te digo, te lo digo de parte de Su Excelencia.

Entonces le contesté, que diciéndome de parte de Su Excelencia, con mucho gusto le contestaría; y así, pues, que dijese á Su Excelencia cómo no quería yo ser tenido en menos que ninguno de los de mi profesión de los que él sostenía. El mayordomo me contestó:

—A Bandinelli se le dan doscientos escudos para su

sostenimiento; conque, si te conformas con esto, ya sabes tu salario.

Respondí que me conformaba; y que lo que yo mereciese de más me fuese dado luego de vistas mis obras, dejándolo todo al buen juicio de Su Excelencia Ilustrísima. Así reanudé el hilo contra mi gusto, y me puse á trabajar; haciéndome de continuo el duque los más desmesurados favores que en el mundo se puedan imaginar.

LVI.

Había recibido con mucha frecuencia cartas de Francia de aquel mi fidelísimo amigo señor Guido Guidi; estas cartas no me decían por entonces sino buenas noticias; también mi Ascanio me escribía diciéndome que me estuviese todo el tiempo que quisiera, pues de ocurrir algo, me lo avisaría en seguida. Refiriósele al rey cómo habíame puesto á trabajar para el duque de Florencia; y como este hombre era lo mejor del mundo, muchas veces dijo:

—¿Por qué no torna Bienvenido?

Y preguntando particularmente sobre esto á aquellos discípulos míos, ambos le dijeron cómo les escribía yo que estaba muy bien, y que pensaban si no tendría yo más deseos de tornar al servicio de Su Majestad. Montando el rey en cólera al oír aquestas palabras, las cuales no procedían de mí de ningún modo, dijo:

—Puesto que se ha partido de Nos sin causa alguna, no le volveré nunca más á pedir que vuelva; conquese así esté donde está.

Aquellos ladrones asesinos condujeron la cosa al término que apetecían, puesto que toda vez que yo hubiese tornado á Francia, convertíanse ellos de nuevo en ayudantes míos, como primero lo eran (por lo cual, si yo no tornaba, quedaban ellos libres y en mi puesto); por eso hacían los mayores esfuerzos para que yo no regresase.

LVII.

Mientras tanto que hacía yo levantar los muros del taller para comenzar dentro el Perseo, trabajaba en un cuarto bajo, en el cual hacía el Perseo de yeso, tamaño como había de ser, con el pensamiento de fundirlo conforme á aquel yeso. Cuando vi que el hacerlo de este modo me resultaría un poco largo, tomé otro expediente, porque ya se había edificado un poco del taller, aun cuando con tanta miseria, que me indigna mucho el recordarlo.

Comencé la figura de la Medusa, é hice un armazón de hierro; después comencé á hacerla de tierra, y luego que la tuve en barro, la cocí. Estaba solo con ciertos aprendicillos, entre los cuales había uno muy hermoso, hijo de una meretriz llamada la Gambetta. Servíme de este muchacho para modelo, pues nosotros no tenemos más libros que nos enseñen el arte sino el natural.

Traté de tomar ayudantes para acabar pronto esa obra mía, mas no los pude encontrar, y por mí sólo no podía hacerlo todo.

Había en Florencia algunos que con mucho gusto hubiesen venido, mas Bandinelli al momento impedía que viniesen á mí; y haciéndome retardar así una pieza, decía al duque que andaba yo en busca de esos ayudantes, porque no era posible que supiese yo hacer por mí el conjunto de una figura grande.

Dolíme con el duque del gran estorbo que me ponía aquel bestia, y le rogué cómo hiciese poner á mis órdenes algunos operarios de la Obra (1). Estas palabras mías hicieron creer al duque lo que le decía Bandinelli. Al percatarme de ello, me dispuse á hacer por mí mismo todo cuanto pudiese.

Y poniéndome con las más extremadas fatigas que imaginarse pueda á trabajar día y noche, en esto enfermó el marido de mi hermana, y en breves días se murió, dejándome á mi hermana joven y con seis hijas, entre pequeñas y grandes. Este fué el primer gran trabajo que pasé en Florencia: quedar siendo padre y guía de tales desventuradas.

LVIII.

Deseoso de que nada se retrasase, estando lleno de basuras mi huerto, llamé á dos peones que vinieron de

(1) Aún se llama así la Junta que preside á la conservación de la grandiosa fábrica del Duomo de Florencia (la catedral).

Ponte Vecchio: de éstos, uno era un viejo de sesenta años, y el otro un joven de dieciocho.

Cuando llevaba cerca de tres días, el joven me dijo que el viejo no quería trabajar, y que haría yo bien en despedirle, no tanto porque no trabajaba, cuanto porque impedía trabajar al joven; y añadió que lo poco que allí había que hacer podía hacerlo él solo sin tirar el dinero en otra persona: dicho joven se llamaba Bernardino Mannellini de Mugello.

Al verle trabajar con tanto gusto, le pregunté si quería quedarse á mi servicio; en seguida nos pusimos de acuerdo. Este joven me cuidaba un caballo, labraba el huerto, y luego ayudábame en el taller, ingeniándose de suerte que poco á poco empezó á aprender el arte con tan buena disposición, que nunca tuve mejor ayuda que la suya. Resuelto á hacer con él todo, comencé á demostrar al duque cómo Bandinelli no decía sino embustes, y que para nada necesitaba yo á los auxiliares de Bandinelli.

Por aquel tiempo me acometió un pequeño mal de riñones, y como no podía trabajar, estaba sentado muy á gusto en el guardarropa del duque con ciertos jóvenes aurífices, que se llamaban Juan Pablo y Domingo Poggini, á los cuales tenía yo encargado que hiciesen un vásito de oro trabajado todo él en bajo relieve, con figuras y otros lindos adornos: era para la duquesa, quien había mandado hacerlo para beber agua.

También me pidió que le hiciese un cinturón de oro, obra riquísimamente adornada con pedrerías y muy

gratas invenciones de mascarillas y otras cosas; también le hice esto. A cada momento iba el duque á ese guardarropa y tenía grandísimo placer en ver trabajar y en conversar conmigo. Iniciada una pequeña mejoría en mis riñones, hice que me llevasen barro; y mientras que el duque estaba allí pasando el tiempo, le traté é hice un busto bastante mayor del natural.

Su Excelencia recibió de aquesta obra grandísimo placer, y me demostró tanto afecto, que me dijo cómo tendría mucho gusto en que me acomodase á trabajar en Palacio, buscándome en él estancias capaces donde colocarme yo con los hornos y con todo cuanto me hiciere falta, por ser tal cosa muy de su agrado. A esto contesté á Su Excelencia cómo no era posible, porque jamás terminarían mis obras ni en cien años.

LIX.

La duquesa me hacía imponderables favores, y hubié'ra querido que me dedicase á trabajar para ella y no me curase del Perseo ni de nada. Yo, que me veía halagado por estos vanos favores, estaba sin embargo cierto de que mi perversa y mordaz fortuna no podía retardarse en obrar contra mí alguna nueva pasada, porque siempre se me ponía por delante el gran mal que había logrado, yendo en busca de tan gran bien; me refiero á las cosas de Francia.

El rey no podía soportar el gran disgusto que habia-

le dado con mi partida; y no obstante, hubiera querido que me tornase yo, mas con expreso honor suyo. A mí me parecía tener mucha razón y no quería declinar, pues pensaba que si yo me hubiese bajado á escribir humildemente, aquellos hombres hubieran dicho á la francesa que había sido yo pecador, y que habían sido verdad ciertas máculas que sin razón me habían inventado. Por eso me atuve á mi dignidad, y como hombre que tiene razón, escribí altaneramente; lo cual era el mayor placer que podían recibir aquellos dos traidores discípulos míos.

Al escribirles, vanagloriábame de los grandes agasajos que en mi patria me hacían un señor y una señora, dueños absolutos de la ciudad de Florencia, mi patria; y tan pronto como aquéllos recibían una de aquestas cartas, iban á enseñársela al rey, para constreñir á Su Majestad á que les diera mi castillo de igual modo como habíamelo dado á mí.

El rey, que era buena persona y muy mirado, jamás quiso consentir en las temerarias demandas de aquellos grandes ladronzuelos, porque había comenzado á percatarse de aquello á que malignamente aspiraban; y para darles un poco de esperanza y á mí ocasión de tornar al momento, me hizo escribir algún tanto encoilerizado por mano de un tesorero suyo que se llamaba Sr. Julián Buonaccorsi, ciudadano florentino. La carta contenía esto: «Que si quería yo sostener la fama de hombre de bien que había yo llevado, puesto que habíame partido de allí sin causa, estaba en la verdadera

obligación de rendir cuentas de todo lo que había yo manejado y hecho para Su Majestad.» Púseme á escribir, llenando nueve hojas de papel ordinario.

En ellas narré minuciosamente todas las obras que había hecho, con todos los accidentes ocurridos en ellas y todas las cantidades de dinero que habíanse gastado en dichas obras; cantidades todas recibidas por mano de dos notarios y de un tesorero suyo, y suscritas por los mismos hombres que las habían cobrado, algunos de los cuales habían puesto intereses suyos y los otros su trabajo. Que de tales dineros, no me había metido en la bolsa ni un solo ochavo; mientras que por mis obras concluídas aún no había obtenido lo más mínimo del mundo, trayéndome sólo á Italia algunos regios favores y promesas, dignos verdaderamente de Su Majestad. Y, sin embargo, no podía gloriarme de haber obtenido por mis obras nada más que algún salario pagado de orden de Su Majestad para mi mantenimiento, y del cual aún resultaba acreedor por más de setecientos escudos de oro, que dejé aposta porque me fuesen enviados para volver bien; por ese motivo, y conocedor de que algunas gentes malignas por propia envidia me han hecho algún mal oficio, digo que la verdad ha de quedar siempre encima, así como que me glorío de Su Majestad cristianísima y no me mueve la avaricia. Aun cuando conozco haber entregado á Su Majestad mucho más de lo que ofrecí hacer, y aun cuando no se me ha dado el galardón prometido, no me curo de otra cosa en el mundo, sino de quedar en

el concepto de Su Majestad como hombre de bien, y limpio tal cual siempre lo fuí.

Y si alguna duda de esto quedase en el ánimo de Su Majestad, á la más mínima señal iré volando á rendir cuenta de mí con la propia vida; mas viendo que en tan poco se me estima, no he querido tornar á ofrecermé, en vista de que á mí siempre me sobraré el pan en cualquiera parte donde vaya; mas cuando fuese llamado, iré siempre á responder.

En dicha carta había otros muchos particulares de aquel portentoso rey y de la salvación de mi honor. Antes de mandar esta carta la llevé á mi duque, el cual tuvo gusto de verla; luego la mandé en seguida á Francia, dirigiéndosela al cardenal de Ferrara.

LX.

En este tiempo, Bernardone Baldini, comisionado por Su Excelencia para adquirir pedrería, había traído de Venecia un diamante grande de más de treinta y cinco quilates; también Antonio de Víctor Landi estaba interesado en hacer que lo comprase el duque.

Habíase ya tallado en brillante este diamante; mas como no resultaba con aquella refulgente limpidez que en tal piedra es de desear, los dueños de ese diamante habían descargado dicho brillante, de modo que en verdad no servía bien ni para talla rosa, ni para brillante. Como nuestro duque, grande aficionado á las pie-

dras preciosas, no entendía mucho de ellas, dió seguridades á este bribón de Bernardo de querer comprar el mencionado diamante. Tratando el tal Bernardo de lograr él solo el honor de este engaño que intentaba hacer al duque de Florencia, por eso no hablaba de ello una palabra con su compañero el Antonio Landi.

Dicho Antonio era muy amigo mío desde la niñez; y viendo la confianza de que gozaba yo con mi duque, un día me llamó aparte (era cerca de mediodía, y ocurrió en la esquina del Mercado Nuevo) y me dijo: «Bienvenido, estoy seguro de que el duque os mostrará un diamante con manifiesta voluntad de comprarlo; veréis un gran diamante; ayudad á su venta; por mi parte os digo que puedo darlo en diez y siete mil escudos; cierto estoy de que el duque os pedirá consejo; si le véis muy inclinado á adquirirlo, se hará lo necesario para engañarle.»

Este Antonio demostraba tener gran seguridad en poder llevar á cabo los tratos de esta piedra. Le prometí que como se me mostrase y además me fuese pedido mi parecer, diría todo aquello que yo creyese bien, sin perjudicar al mérito de la piedra.

Como he dicho más atrás, el duque iba diariamente por espacio de varias horas á aquella orfebrería; ocho días después de aquel en que me habló Antonio Landi, el duque, luego de comer, me enseñó el referido diamante, el cual conocía por las señas que me había dado Antonio Landi acerca de la forma y del peso. Como, según antes dije, ese diamante era de un agua algo

turbia (y por tal causa le habían descargado aquella punta), al verlo yo de aquella suerte, con seguridad habría desaconsejado que se hiciese tal gasto; por ese motivo, cuando Su Excelencia me lo mostró, le pregunté qué deseaba que yo dijese, pues para los lapidarios era muy diferente apreciar una piedra fina después que la hubiese comprado un señor, á poner precio para que éste la comprase.

Entonces me dijo Su Excelencia que la había comprado, y que sólo dijese yo mi parecer. No quise dejar de manifestarle modestamente lo poco que en mi opinión valía aquella piedra. Me contestó que considerase cuán hermosas aristas tenía. Entonces le repliqué cómo no eran de tan gran belleza cual Su Excelencia se imaginaba, y que no era más que un brillante rebajado. Al oír estas palabras mi señor, comprendiendo que decía yo la verdad, puso mal gesto y me dijo que tratase de apreciar la piedra y juzgar lo que valiese conforme á mi parecer. Recordando que Antonio Landi me lo había ofrecido en diez y siete mil escudos, creí que el duque lo habría comprado por quince mil á lo sumo; y por eso, viendo que éste llevaba á mal que le dijese yo la verdad, imaginé mantenerlo en su falsa opinión, y devolviéndole el diamante, dije:

—Diez y ocho mil escudos habréis gastado.

Á estas palabras el duque alzó la voz, haciendo una O más grande que la boca de un pozo, y exclamó:

—Ahora creo que no entiendes una palabra de esto.

—Señor mío, en verdad que creéis mal; cuidaos de

sostener la reputación de vuestra piedra y yo cuidaré de entender de ellas; decidme á lo menos cuánto habéis gastado en ésta, á fin de que aprenda yo á estimarlas al estilo de Vuestra Excelencia.

Irguiéndose el Duque con aire un tanto desdeñoso, dijo:

—Bienvenido, veinticinco mil escudos y aún más me cuesta. Y salióse.

Estaban presentes á esta conversación Juan Pablo y Domingo Poggini, aurífices; y el Bacchiacca, recamador, que también trabajaba en una estancia vecina á la nuestra, corrió al oír las voces. Entonces dije:

—Jamás le hubiera yo aconsejado que lo comprase; mas, empero, si él lo hubiese deseado, ocho días ha que me lo ofreció Antonio Landi en diez y siete mil escudos y creo que me lo hubiese dado por quince ó menos. Mas el Duque quiere tener su piedra en alta reputación; habiéndomela ofrecido Antonio Landi por tal precio, sólo el demonio de Bernardo hubiese hecho al duque tan vituperable engaño.

Sin creer nunca que tal cosa fuese verdad, como lo era, nos fuimos riendo de aquella necedad del duque.

LXI.

Terminada ya la figura de la gran Medusa, conforme dije, hice su armazón de hierro; después modelé el barro como de anatomía, dejándole medio dedo de es-